

tar esta combinación, sin embargo de no satisfacerles; más, pasados unos días, se supo que uno y otro eran desautorizados por sus gobiernos, los cuales, por diferentes razones, juzgaron inaceptable la proposición de Buol. Drouyn de Lhuys, despechado y descontento, además, de las tendencias personales de su soberano, el tres de Mayo abandonó el poder, siendo llamado para sucederle el conde de Walewski, y no mucho después, el mes de Julio, Russell presentó la dimisión. A primeros de Junio se cerró la conferencia, desvaneciéndose de nuevo la esperanza de paz de que tan necesitada estaba Europa.

Austria efectuó entonces un cambio de postura, aproximándose visiblemente á Prusia y á la Dieta, las cuales, sin dejar de manifestarle su gratitud por la evolución que iba á cumplir, desconfiaban, sin embargo, de su sinceridad y declaraban que mantendrían en principio las medidas adoptadas el ocho de Febrero. Buol, viendo que era menester dar prendas, empezó por trasladar al interior del imperio las muchas tropas que tenía acantonadas en Galicia para observar á Rusia, lo que tranquilizó á los alemanes y permitió á esta potencia retirar la guarnición de Polonia y enviar nuevos refuerzos á Crimea. Prusia y la Confederación, desvanecidas sus suspicacias, procedieron también á desarmar los contingentes federales.

Las cortes aliadas, profundamente disgustadas, se dejaron de negociaciones para no pensar más que en la guerra. El diez y seis de Mayo, Canrobert, confundido entre los planes del Emperador, que quería limpiar á Crimea de rusos, y lord Raglan, que no quería moverse de sus posiciones, presentó la dimisión, siendo nombrado para sustituirle Pelissier, de voluntad tenaz, decisión pronta y que estaba resuelto á no perder tiempo en las operaciones exteriores que recomendaba Napoleón, por creerlas peligrosas, sino á apresurar el ataque directo, emprender una ofensiva incesante y hasta temeraria. Desde el primer día fijó su plan, y sin ambages escribía al Emperador: «Me siento con las espaldas bastante fuertes para llevar la carga que me he echado encima; pero la llevaré tanto mejor cuanto disponga de cierta libertad». Como no se le concediese esta relativa libertad, se la tomó, haciendo caso omiso de las órdenes más terminantes. El veinticinco de Mayo hizo ocupar á Kertsch, en la entrada del Mar de Azof, cortando á los rusos una de sus dos líneas de abastecimiento, y el siete de Junio se apoderaba del Pezón Verde, escudo de Malakof y de todas las obras exteriores de los rusos. Desvanecidos con este primer éxito, el diez y ocho de Junio, aniversario de Waterlío, Pelissier y Raglan cometieron la imprudencia de dar el asalto á Malakof y al Gran Redan; mal preparado, comenzado desde muy lejos y efectuado sin concierto, el ataque se frustró por completo, costando la vida á cinco mil quinientos hombres. Este fracaso faltó poco para producir nueva mudanza en el mando del ejército francés. «Mi paciencia está agotada, escribía el Emperador á Pelissier; no puedo tolerar por más tiempo que mis órdenes sean desobedecidas»; y le intimaba ó someterse ó entregar el mando al general

Niel. Gracias que el mariscal Vaillant consiguió que no se diese curso á esta carta. El veintiocho de Junio, Raglan murió del cólera, pasando el mando del ejército á Simpson.

Los trabajos de aproximación fueron llevados adelante con gran diligencia. El príncipe Gortchakof, previendo que la caída de Sebastopol no podía demorarse por mucho tiempo, hizo atacar el diez y seis de Agosto en el puente Traktir, sobre el Tchernaiá, á tres divisiones francesas y una sarda, sin conseguir ventaja alguna y perdiendo, por confesión propia, ocho mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros. El diez y siete de Agosto, las baterías inglesas y francesas rompieron contra la plaza un fuego nutrido, regular, incesante, que destrozaba las defensas de Karabelnaia y á sus defensores. La orden era impedir de noche á los sitiados reparar sus ruinas, y destruir de día los reparos que hubiesen podido hacer. «Este cañoneo, dice el príncipe Gortchakof, obraba de la manera más desastrosa contra nuestras obras. Los marlones y los traveses, renovados todas las noches bajo violento fuego, volvían á desplomarse á los pocos golpes; los parapetos caían por masas en los fosos, y trabajos que habían costado esfuerzos y sacrificios inauditos eran aniquilados de nuevo.» Durante los primeros días quedaron fuera de combate, de los rusos, unos ochocientos hombres por día, y no dejaron de ser también importantes las bajas de los sitiadores. En la noche del veintiocho al veintinueve de Agosto, hacia la una, dominó de súbito el ruido del cañoneo detonación espantosa: durante algunos segundos, una columna de fuego, elevándose del baluarte Verde, iluminó todo el Quersoneso; luego, se oyó retumbar un ruido sordo, como de pesadas masas cayendo al suelo. Los dos grandes almacenes del reducto Blanción acababan de saltar, por la explosión de siete mil kilogramos de pólvora y trescientos cincuenta obuses. El tres de Septiembre, Pelissier reunió en consejo á los generales, acordándose, á petición de algunos de ellos, empezar el cinco el bombardeo final y dar el asalto el ocho. «No sé lo que sucederá, escribía al mariscal Vaillant el general Niel; pero tengo confianza y jamás esperé que el asalto pudiera darse en mejores condiciones.» Según lo convenido, el cinco de Septiembre se rompió el último bombardeo, el bombardeo infernal, como le llamó el príncipe Gortchakof, en que, á intervalos, el fuego disminuía, casi cesaba, y cuando el enemigo, engañado por estas paradas, inquieto, esperando el asalto, salía de sus albergues y coronaba las murallas, las baterías aliadas, disparando de repente por salvas, lo aplastaban á bombas, granadas y obuses. El primer día, los sitiados hicieron esfuerzos desesperados, pero inútiles. Por la noche, en vez de interrumpirse aquel huracán de hierro y fuego, prestó á su desencadenamiento un aspecto más terrible la circunstancia de incendiar una bomba el gran transporte *Berezana*, que iluminó como inmenso farol la horrorosa escena. El drama tenía algo de siniestramente majestuoso: del seno de la gran rada, bajo un cielo de rojo ardiente, una columna de llamas iluminaba, hasta los confines del horizonte, las montañas y el mar. En los dos días y las dos noches siguientes se completó la ruina de Sebastopol. En un solo

día, el siete, se lanzaron setenta mil proyectiles, y en los nueve días perecieron siete mil quinientos rusos. Llegó, al fin, el ocho de Septiembre, en que veinte mil franco-sardos por la ciudad, veinticinco mil franceses por Karabelnaia y Malakof y once mil ingleses por el Gran Redán, habían de dar el asalto á la plaza, donde Gortchakof disponía aún de cincuenta mil hombres. Más que asalto, debería ser, al decir de Bosquet, una lucha general de ejército contra ejército. A mediodía, las baterías se callaron de repente, y el primero de zuavos se lanzó contra Malakof, que la división Mac-Mahón ocupó á las dos de la tarde. Victoriosos en todos los demás puntos, los rusos hicieron hasta los cinco esfuerzos desesperados para recobrar la famosa torre, cuya pérdida llevaba consigo la de la ciudad, al extremo que, en la furiosa lucha que se entabló en la gola de la fortaleza, los tiradores argelinos y los zuavos de la guardia combatieron detrás de un muro de cadáveres. Convencido Gortchakof de la inutilidad de nuevos esfuerzos, dió orden de evacuar á Sebastopol, efectuándose la retirada por un puente tendido al través de la rada del norte. El desfile duró toda la noche, y mientras tanto, uno á uno saltaban baluartes y almacenes y ardían en la rada los últimos navíos rusos, incendiados por sus tripulaciones. Al amanecer el nueve de Septiembre de mil ochocientos cincuenta y cinco, sólo quedaban en pie de Sebastopol catorce casas; el resto era un montón de ruinas informes y humeantes, por las que, en la última jornada, los aliados habían sacrificado diez mil hombres y los rusos trece mil. Todavía los ingleses mandaron destruir los puertos, la bahía, los cuarteles, los almacenes, las compuertas, todo lo que quedaba: acto vandálico, que manchará eternamente su nombre.

Aunque los rusos no salieron de Crimea, la guerra podía darse por terminada. Pruébalo el que, teniendo los aliados cerca de doscientos mil hombres y no cesando de recibir refuerzos, nada intentaron contra Gortchakof, establecido hacia Sinferopol con unos ciento cincuenta mil. Desde el punto de vista militar, la toma de Sebastopol fué una mera satisfacción de amor propio. Las ganancias de los vencedores y las pérdidas de los vencidos se reducían á muy poca cosa. Tanto es así, que los progresos de los aliados se limitaron, en Septiembre y Octubre, á la toma de alguna plaza poco importante, como Kinburn, en el Dnieper, y no pudieron impedir á los rusos apoderarse el veinticuatro de Noviembre de la fortaleza turca de Kars, en la región del Cáucaso, ni lograron enseñorearse en el Báltico de la gran fortaleza de Kronstadt. Con la llegada del invierno, las operaciones quedaron suspendidas en todas partes. Es decir, que el imperio ruso, á pesar del gigantesco asalto que acababa de sufrir, se mantenía casi intacto.

¿Continuaría la guerra? Tal era el empeño de Inglaterra: seguirla hasta aniquilar el poder naval de Rusia en el mar Negro y destruir su predominio en el mar Báltico. Para este segundo objeto, ganó á su causa á Suecia, cuyo rey, Oscar I, soñaba en recobrar á Finlandia, firmándose el veintiuno de Noviembre un tratado de alianza entre

Inglaterra, Francia y Suecia. Por la guerra estaban también el Piamonte y la Puerta, el primero, para contraer más méritos que invocar luego en favor de sus pretensiones; la segunda, con la péfida intención de que siguieran destruyéndose las potencias cristianas, naturales enemigas suyas. Los demás Estados deseaban la paz, y tanto como el que más Francia, que había enviado á Crimea más de trescientos mil soldados, de los que apenas regresaría un tercio, y se había entrampado para aquella aventura con mil quinientos millones. En París y en los departamentos, se manifestaba profundamente disgustada la opinión pública, que acusaba á Napoleón de hacer el caldo gordo á Inglaterra y miraba á Prusia como aliada natural de Francia. No dejó de influir este disgusto en el alboroto de Angers, ocurrido en Agosto, y en los atentados á la vida del emperador del italiano Pianori, el veintiocho de Abril, y del francés Bellemare, el mes de Septiembre. Por todo esto, Napoleón deseaba poner fin á la guerra, y á este efecto, comunicó á Inglaterra que si la guerra había de reanudarse en primavera, era menester «que cambiase de carácter, que se hiciese en nombre de las nacionalidades, llamándose, por ejemplo, á Polonia y á Circasia á la independencia, y si Austria persistía en no secundar á la coalición, también á Italia y á Hungría». Tanto valía proponer el desquiciamiento de Europa. No sin razón la reina Victoria respondió á Napoleón que, con sus nuevas proposiciones, impedía que continuase la guerra, y llegó á reprocharle, con bastante rudeza, su versatilidad.

La más alarmada de las potencias era Austria, temerosa de que Napoleón desencadenase contra ella la revolución en Italia y de que Francia é Inglaterra se uniesen con Rusia. Y no le faltaba razón para abrigar estos temores. Después de haber estado divirtiéndose dos años con los aliados, acababa de volverles la espalda reconciliándose con Prusia y la Dieta. La paz era su única salvación, y para obtenerla, propuso dirigir al Czar, en unión con Francia é Inglaterra, un *ultimatum*, cuya no aceptación constituiría para ella un *cassus belli*. El diez de Diciembre de mil ochocientos cincuenta y cinco, se despachó el documento, invitándose á Rusia á prestarle su adhesión antes del diez y siete de Enero de mil ochocientos cincuenta y seis. Además de las cuatro garantías consabidas, este proyecto de convenio contenía la libre navegación por el Danubio y la neutralidad del mar Negro. A instancias de Prusia, Alejandro II envió su conformidad el diez y seis de Enero, y el primero de Febrero se firmaban en Viena los preliminares de la paz.

Por el gran papel que Francia había desempeñado en la guerra, París fué el sitio designado para celebrar el congreso de la paz, y autorizadas á asistir, además de las cinco potencias beligerantes, Austria y Prusia, esta última gracias al especial empeño que por ello mostrara Napoleón, y no desde el principio, sino después que se hubiesen fijado las condiciones y sólo quedase por tratar la cuestión de los Estrechos. El congreso se abrió el veinticinco de Febrero de mil ochocientos cincuenta y seis, bajo la presidencia del conde Walewski, ministro de Negocios Extranjeros de Napoleón y que, con el barón de Bour-